

Las fiestas de homenaje
a Fernando Agulló, aplazadas
para nueva fecha

Algo veníamos ya sabiendo sobre el particular, aunque nada todavía concreto para poder asegurarlo. Por fin los rumores se han visto confirmados, como el mismo lector podrá juzgar a través de la siguiente nota que, para su publicación, recibimos y que a nosotros nos fué librada el pasado jueves al terminar la reunión del Comité Ejecutivo.

«La sola idea del homenaje que la ciudad se propone a tributar al bautista de la Costa Brava des-pertó, por doquier, como es lógico y natural, el mayor interés, logrando reunir un sin fin de colaboraciones y voluntades todas ellas muy cordiales y espontáneas, que, y aun cuando las mismas no hayan sido sorpresa para nadie, obligan moralmente, por su importancia y naturaleza, a pensar en la ampliación del programa que en principio había sido proyectado.

Estimando, pues, que no existe tiempo material para la debida y conveniente atención de las nuevas aportaciones que nos son anunciadas y con el expreso deseo de no desairar a ninguna a fin de que luego puedan, en mejor día, representar el auténtico sentir colectivo y no únicamente guixolense como su momento inicial obligaba a proyectar.

Previos los asesoramientos de rigor se estima, pues, prudente el aplazamiento de las fiestas que en homenaje a Fernando Agulló eran previstas para el próximo mes de Julio y cuya celebración ahora tendrá lugar en la nueva fecha que se dirá oportunamente».

SAN FELIU
DE GUIXOLS
7 JUNIO 1956

Ómnicoza

LAS SAGRADAS TORRES DE MARFIL

por L. d'Andraitx

La pluma sabe de galanterías que la palabra ignora. Es raro encontrar escrito u artículo sin la sincera profesión de humildad de su autor, aunque sólo esté amparada en un mero formulismo, como: «en mi opinión», «según mi parecer» o el más categórico «creo». Nadie pretende escribiendo, — como no se indique lo contrario —, dogmatizar o sentar apostolado. Expone el escritor sus particulares puntos de vista, sus sentires, su propia definición del tema elegido, a través del prisma óptico o moral que herencias y adaptaciones al medio le han procurado. Es bueno, desde luego, pero es soberbio, el pretender ser objetivo. La objetividad es meta límite. Meta límite que, en lenguaje científico, quiere decir que no se alcanza. Consciente de ello, el escritor elabora su ideario. El suyo; de nadie más. Ideario de su torre de marfil, en la que vive, también en muros límites, aislado de los demás mortales. Ideario que la palabra, que la pluma, transforman en proyección. Forja y temple de su pensar. Las ideas, una vez liberadas a la pública opinión, no extrañarán ni la crítica ni el beneplácito, ni el pequeño chismorreo de los comentarios. El escritor cuenta con ello, sabe de los posibles desacuerdos, porque no está seguro, no puede estarlo en humildades, de su objetividad. La crítica no debe ofenderle, ni halagarle el aplauso.

Tanto la réplica como la coincidencia, no rubrican más que opuestos o análogos pareceres. Puntos de vista; simples puntos de vista. Pero tan categóricos, tan específicos, como la presión que tensa nuestras arterias, o el color azul o marrón de nuestras pupilas. Objetivamente, ¿qué clase de ojos son más hermosos, los de color azul, negro o pardo? No están en la lista, ni me importa, pero yo los prefiero verdes. Quizá también, y en parecido estadio, no sean más la opiniones que preferencias constitucionales. Por ello, precisamente, debemos respetarlas, y no lanzarnos a críticas aceradas, sin ética ni concierto, ni elegancia. Si nos tienta la réplica, esgrimiremos la respuesta, de tenerla a mano, que glose nuestra propia visión subjetiva.

J. V. A. dió una intermitente y dilatada definición de los guixolenses, que, por lo visto, no plugo a E. Bardas. Y E. Bardas nos dió la suya. Y apareció el tercero en discordia. Aquí está, escribiendo este artículo. Artículo que escribo bajo mi propio punto de vista, desde mi ángulo capaz, con mi prespectiva constitucional y de ambiente. Nada de esto puedo pedir prestado.

Antes de seguir adelante, no sé porque, como un aviso, me acuerdo del Napoleón de la película «Desirée». ¡Pobre Napoleón! El capricho o las pocas luces de un autor le dejaron sin ninguna de sus magníficas cualidades de genio!

¡Cuidado! Antes de lanzarse uno a definir el alma de un hombre, de un pueblo, de una comarca, no es menester únicamente santi-guarse, sino haber estudiado, haber vivido idénticos o paralelos avatares. Y, renglón seguido, hacer acopio de caridad, — que en último término es comprensión —, y no olvidar unas primeras palabras humildes.

En mi opinión, los conceptos del alma guixolense, tanto el sustentado repetidamente por J. V. A. como el de E. Bardas, pecan de unilaterales. Quizá, para el primero, le merecieran más atención las virtudes negativas de los guixolenses, que sus cualidades, en justo criterio de educador y profesor. Mientras que Bardas, en mimo de ausente, dobla en curvas suaves los aristados perfiles del alma guixolense, y la convierte en fruta de carne. Sintetizando los dos conceptos, que no son antagónicos, sino cara y cruz de la misma moneda, creo que llegaríamos muy cerca de la verdad.

Nuestra alma, — y perdón, si digo nuestra, que en cuestión de mestizaje hoy más de un quisquilloso —, es compleja. Dista mucho de la claridad meridiana que le atribuye el señor Bardas. ¡Somos ampurdaneses, y de ali-vio! Desconfiados y generosos. Cenobitas y marineros. Temerosos y arrojados. Quietistas y aventureros. Paradoja de contrastes; defectos y virtudes, integrados en un auténtico corazón. Corazón accesible al que esté dispuesto a hallar y hollar su camino. No somos un pueblo fácil. Menos, perfecto. Pero, como el mar, estamos dispuestos a escuchar la canción de todos los vientos, si los vientos nos llegan enteros. Como la roca, siempre dispuestos, con su firmeza, a respetar todas las torres de marfil que entre nosotros se yergan, mientras sean torres, y de marfil bueno. Y ello es sano propósito, anhelo y saeta de perfección, ansia de mejoramiento.

¿Cómo ve, Vd., el alma guixolense, lector?
¡Adelante la encuesta!

Después del análisis, la síntesis. Y, en rigor, más cerca está de la verdad la última que el primero.

Tanto en la medicina del alma como en la del cuerpo, sobran especialistas y faltan gale-nos completos de cabecera.